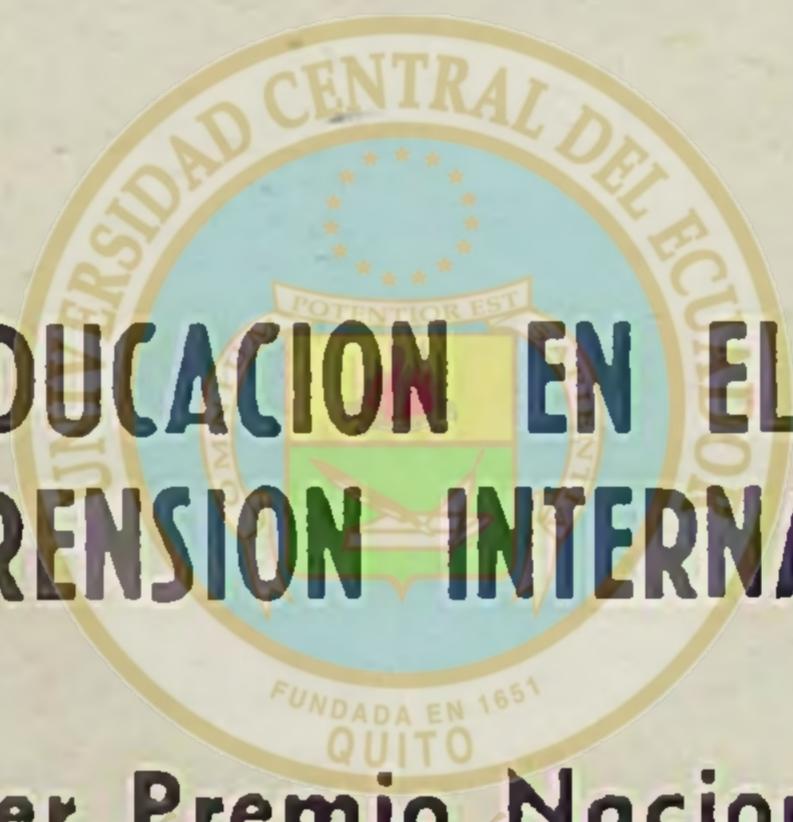


Prof. LAURA ALMEIDA de LOPEZ



EL PAPEL DE LA EDUCACION EN EL DESARROLLO DE
LA COMPRENSION INTERNACIONAL

(Primer Premio Nacional)

DEL CENTRO DE INFORMACION INTEGRAL

Este siglo nuestro, el XX, posee la respuesta exacta para la cuestión planteada, hace varias centurias, por un ilustre sabio, quien encarecía le diesen un solo punto de apoyo, que él movería el mundo entero. Aunque los campos, los fines y los motivos fueron entonces diversos a los actuales, nada hay que nos impida pretender, sagaz y definitivamente, solucionar ahora tan atrevido problema y tan aparente despropósito de Arquímedes. La fórmula está dada. El laboratorio más completo y complejo, que jamás el esfuerzo y el pensamiento bien intencionados y orientados crear podían —la UNESCO—, ha logrado producirla. Se trata de una fórmula valiosa por sencilla, sencilla, por valiosa: **la educación, la ciencia y la cultura.** Producida tras altas meditaciones, concentrados afanes y libre determinación de hombres y conciencias libres también, su efecto es "mover" el mundo. Ha de moverlo hacia la estrella de su perfección alcanzable, máxima. Ha de mover el alma de éste hacia la inmortalidad. Ha de mover los instintos —como lo pidió Marañón— hacia la superación ética. Ha de mover el mundo hacia el entendimiento, mediante los vínculos sublimes que lo estrechan de veras: derechos y dignidades iguales. Ha de moverlo, además, en pos de la redención humana, función esencial para la vida en sí. Tal es, algunas de las razones para que las personas se "comporten fraternalmente" las unas con las otras y para que, a la vez, exista este planeta nuestro, que "gime entre Marte y el Sol". Su existencia está subordinada al factor educación.

Deliberadamente, resolvemos en uno los conceptos que las Naciones Unidas enuncian al referirse a la UNESCO, y encareceremos una vez y otra vez: educación, educación, educación... Nos reservamos para ulteriores apreciaciones la elucidación de esta premisa. En cambio nos remitimos ya

al concepto de educación que funde, íntimamente, armónicamente, la parva geografía del terruño entrañable, con la espaciosa "habitada"; la intrascendencia del "ego" nacional, primitivo, con el magno valer del altruismo, que es amor al prójimo; la cordial lealtad y reverencia para el solar nativo, con la diáfana hermandad de las naciones y de los pueblos todos, cual **eslabones unidos sin fin**, cada uno respondiendo a todos, cada uno compartiendo la tierra con todos, viendo el **orbe de los orbes** con la visión profética del que nació en "la Paumanok pisciforme", Whitman, y penetrando "en todas las ciudades en las que penetra la luz y el calor", libres de todo límite y de toda línea imaginaria. ¡Cuánta virtud tiene la educación! Hace a los hombres concordes, **sin algo de lobo, o de serpiente, o de cerdo**. Los iguala. Los une. Los identifica.

Siendo éste el patrimonio de la educación, la órbita de los seres humanos marcada la tenemos: los valores. En la actualidad —cercanísimo el principio del fin de la creación— la educación es la disyuntiva única, para quienes creemos, con fe y optimismo a flor de sentimientos nobles, en el rescate de esa nave llamada espíritu que se debate, como nunca, al filo de la zozobra, en medio de un turbulento, ensortijado, proceloso mar de pasiones turbias y rui-nes. Las instituciones armadas han bebido el amargo li-
cor de las derrotas y fracasos —nos lo cuenta la Historia, manchada con la sangre fraternal, inocente, agostada por el fuego dantesco que arde en las ignotas simas de las am-
biciones que desconocen bridas. De esta indigna lección del pretérito debemos huir; la ventana abierta está y mira a la Humanidad, **con sus hijos iguales**, soberanos. La educa-
ción nos llama. A todos los países llama, "cada uno por sí", y les da la bienvenida. ¡Así trabaja la educación!

Quién, sin antes violar evidencias, sostendría que no somos los moradores de aquí abajo, substancialmente, igua-
les; accesoriamente, distintos? No es verdad que descen-
demos del mismo **caos** original, primero, inmensurable, del que Milton dijo ser atroz (**outrageous**)? No somos todos los dueños absolutos de ciertos derechos inalienables, dados por el Creador: vida, libertad, felicidad? No se ve redon-
deado el mundo por sus continentes "distintos y distantes", por su "cósmico lenguaje común", por su indivisible destino común, que nos impone el trato hermanado? Indudable-
mente que sí. Negros, blancos, amarillos y cobrizos; hu-

mildes o poderosos; salvajes o civilizados, todos, con entereza de varones, debemos sentir y sentimos latir en el costado del alma el amor al bienestar, a la prosperidad, a la paz perpetua. Y seremos después acreedores a la bienaventuranza: "Beati pacifici: quoriam filii dei vocabuntur". (Bienaventurados los pacíficos: porque los hijos de Dios serán llamados. San Mateo, V. 5.). ¡Lo mucho que nos ofrece la educación! Fácil de conseguirlo, si los hombres de buena voluntad, perseverantemente, desde la adamantina resolución firme, inquebrantable, decidida y recia, semejante al verbo de quien escribió HOJAS DE HIERBA, para que su patria "no sea jamás ni más grande, ni más pequeña, ni más rica, ni más pobre" (Voltaire). Cada individuo ha de volverse, por obra de la educación, el ciudadano del mundo, que nuestro Montalvo reduciría a su vocablo hermoso: **cosmopolita**.

Mas la **matria** ubicua no ha salido de su inmunda Bastilla; niega la cal de sus huesos, sus entrañas, la "civilización" presente. ¡Por sus frutos reconoce! Examinados con detenimiento estos frutos enfermos, por una honra del pensamiento contemporáneo —el Sr. Atlee— se llega al diagnóstico inequívoco: algo se pudre en el interior de los humanos. A fin de que lo sepa el mundo entero, el **Preámbulo del Acta Constitutiva de la UNESCO** lo acogió y repite, con acento de oro, en resolución unánime de sus Estados dignatarios y a nombre de sus respectivos pueblos, este sólido pensamiento ". . . puesto que las guerras comienzan en las mentes de los hombres, es en las mentes de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz. . ." (. . . **since wars begin in the minds of men, it is in the minds of men that the defences of peace must be constructed . . .**) Este entimema preciso y precioso indica el rumbo cierto, señalado por la brújula de los más caros desvelos, ideales y esperanzas, en punto a un vivir mejor para la especie humana: la educación. Con ella, con ella únicamente, podemos formar y conformar bien las mentes de los hombres. Con ella, únicamente con ella, la "bella, horrida bella", (**guerra, horrenda guerra**), que anunció Virgilio en su ENEIDA, desaparece de la faz de la tierra.

Eureka feliz debería denominarse la "Declaración" conjunta de las Naciones Unidas, concretamente referida a los renglones iniciales de la Constitución de la UNESCO. Porque en la mente germinan los abominables crímenes,

las calamitosas penurias, las pesadas sombras de la ignorancia. Porque en la mente anidan abyeciones, idolatrias, incomprendiciones. Porque en la mente proliferan desconfianzas, recelos, temores. Porque la mente nutre al cuerpo del prejuicio, la injusticia, la esclavitud, la miseria, la concupiscencia. En cambio la educación construye, fortifica la dignidad, la justicia, la libertad, la paz "dinámica", el convivir solidario, el bienestar internacional. Y obligación de nuestra sociedad es, comulgar todos los humanos, ante el altar de la familia unida de naciones, con la hostia pura del común entender, de la misma conciencia, de iguales derechos y deberes. Esa hostia tiene por nombre, Educación.

La educación extirpa los cancerosos odios y vlezas, las bastardas guerras, los genocidos distingos de razas y colores y credos y cunas... Cuando la educación no ha sido pervertida por los tiranuelos que hallaron a Dios en el camino de la guerra, se marchitan las enconadas espinas y los tupidos zarzales que han crecido, robustos, a través de los años en el lacerado cuerpo de nuestra era. Y nosotros, redimidos, plenos de confianza, invencibles, sobre la tabla de salvación a flote aún, hacemos flamear la enseña de trinidad unitaria del mundo: **la educación, la ciencia y la cultura**. Aquí aprovechamos de la coyuntura para cumplir con lo indicado en párrafos anteriores. Contraímos nuestros conceptos a uno tan solamente: la educación, y lo encarecíamos, pues, según su forma, **la educación, la ciencia y la cultura** se nos presenta triple; intrínsecamente una sola. Natural, si la ciencia y la cultura vienen a existir siempre que la educación las anteceda, coexista y con ellas siga adelante, **pari-passu**.

Preeminente, la función educativa es obvia en la esfera social. Tan así es, que ella sola da cuerpo a la doctrina pedagógica de John Dewey. Se manifiesta como una poderosa fuerza interior que hace "crecer" al hombre. En su incesante proceso de mudanzas, la educación modifica al hombre, mejora al hombre, lo lleva de lo que **es** a lo que **debe ser** (lat. educare; gr. educere, desarrollar, desenvolver). La educación introduce cambios frecuentes, reajustes continuos, si en las costumbres, si en los valores, si en los objetivos. Actúa sobre las generaciones —la una ya formada, en formación la otra. Desde el primer despertar de éstas, la educación se ha "comunicado" —para usar un término del autor de DEMOCRACIA Y EDUCACION. Ha venido triun-

fando de las tinieblas, lentamente, y no culmina todavía su tarea, porque los tentáculos del analfabetismo se extienden desde la mínima expresión aritmética hasta el sonrojante sesenta por ciento. Todo, no porque haya sido insuficiente la educación, sino porque la estulta lucha, lucha ciega, ha multiplicado el virus letal y lo ha diseminado en el espíritu sano de la humanidad. Todo, no porque la educación se haya rendido ante el fiero carro de Marte o no haya podido cerrar con doble llave el templo de Jano, sino porque se ha divorciado la mente del corazón o el corazón se ha subido a la mente, y el odio, la incomprensión, la desenfrenada carrera de individualismos aún circula entre gentes mendigas de alfabeto, harapientas espiritualmente. Al pasar de las miríadas de roncas meznadas, tanta pobreza, cual Prometeo, ha quedado aherrojada, uncida a la negra roca granítica del oscurantismo, de la barbarie, del retraso. Culpables del estremecido infortunio que oprime la vida nuestra, los "líderes" de masas ignaras. Prevaricadores, corrompieron ese finísimo instrumento de la comprensión y fraternidad universales que es la educación —corruptio optimi, pessima. No entendieron que por la educación heredamos el legado cultural y científico de días pasados. Con auxilio de ella —suave mano conductora— aseguramos el presente y salvamos el futuro. Sin ella deshumanizariamos la humanidad, la segaríamos inmisericordemente. Fuera de ella todo sería nada y la nada un todo tenebroso que vagaría solitario, aterrador, temible, por el polvo inconsútil de lo increado.

He aquí, entonces, por qué la educación ha de ser, socialmente considerada, una necesidad apodíctica para la supervivencia y continuación de la vida humana, cuyo proceso de "reproducción, renovación o re-creación" permanece, de esta suerte, asegurado, en los miembros de la comunidad. Y de éstos, "libres e iguales en dignidad y derechos", dotados de "razón y conciencia", el deber es "comportarse fraternalmente los unos con los otros", entenderse, comprenderse; deber de **like-mindedness**, dirían los sociólogos. Por la trascendencia que tal característica de la educación tiene, la escuela genuina —comunidad en miniatura— la ha hecho suya, a fin de alcanzar un ambiente social purificado, amplio, exento de coerciones individuales, en donde florezca la sana actitud que a todos beneficia igualmente y a nadie mengua un ápice.

Más todavía. Como la educación garantiza la autoconducción de la sociedad, garantizada, de todo rigor lógico, quedará la propia determinación de los miembros que la integran, a quienes brinda estímulos, oportunidades e incentivos que procuran desarrollar la franca cooperación honesta, el tranquilo intercambio de ideas, el crecer de las capacidades individuales, sobre la base del cultivo de la mente, que eso es, precisamente, la verdadera educación, empeñada en sacar a las personas de la "vida heterodoxa de los instintos a la vida consciente de la razón". Así fertilizamos los espíritus, dijo Torres Bodet. Así, convendríamos con Dewey en lo que él denomina sociedad democrática, cuyos elementos constitutivos poseen valores comunes, intereses comunes, experiencias comunes. No se trata de una democracia que mide en términos de grados geográficos, de kilómetros cuadrados, de ríos fronterizos, de banderas triunfantes. Esta democracia nuestra tendrá que ser, por obra de la educación, de la educación tan sólo, una que abarque a todos los pueblos del orbe, resueltos a mantener su fe, inquebrantablemente, en la libertad, la justicia y la paz; decididos a la observancia fiel de los DERECHOS DEL HOMBRE, adoptados por la Asamblea General de las Naciones Unidas.

Vale decir —repitiendo el vivo anhelo de un conspicuo filósofo alemán, Kant— que la educación promueve la ciudadanía mundial y, al así hacerlo, **el hombre se torna hombre**, dueño de un lenguaje desprovisto del nefasto posesivo "mío", del cruel sustantivo "frontera", del despiadado verbo "pulverizar". A reemplazar estas palabras irá un texto de lectura, libro de libros: esa Biblia que escribieron dictada por el corazón, los mayores ingenios de los tiempos infinitos: Shakespeare, Cervantes, Dante, Hugo, Goethe, Dostoevski, Tagore, Whitman, Juárez, Martí, Bolívar, Montalvo, Sarmiento... Ellos hablaron la verdad, toda la verdad. La expresaron con eco de bronce. La divulgaron a través de un Evangelio de amor y de comprensión humanos, de alcance universal.

De la más sucinta revisión que hagamos, de lo expuesto entresacamos varios axiomas, cuya demostración huelga. Hemos dicho que la educación detiene el empleo de las apocalípticas bombas explosivas, hasta ayer, la **A**, minutos después, la **H**, horas más tarde, la **C**; o retiene el desenlace inédito de acontecimientos bélicos, políticos, sociales; o siembra y

cultiva desinteresadamente ideales creadores, emancipadores, con miras a la moralidad vertical; o brinda poder al hombre para que asimile el pasado y, a lo Amado Nervo, sea el "arquitecto" del bienestar nacional e internacional; o facilita y logra la solidaridad por semejanzas y diferencias y la necesaria diversificación de los miembros que integran la sociedad humana; o ansía, mediante el desarme espiritual —según frase de un sabio chino— forjar de los Estados múltiples **una sola identidad**; o rompe las gruesas cadenas que atan seres al yugo de la intolerancia, del irrespeto, de la enemistad, de la discriminación, del analfabetismo incontable; o representa el aliento de esperanza último, luego de que la humanidad ha descubierto su cajita de Pandora y puesto en vuelo innúmeras plagas, penas y maldiciones innúmeras también; o es el instrumento eficaz, certero, que ha neutralizar, llegando al "calcañar vulnerable", el exterminio mundial; o representa el inmenso puente construído para que por él todos los hombres, de todas las parcelas, puedan transitar coreando la cantata que no dejó escrita Beethoven: la Comprensión Internacional, para voces mixtas, paisanas las unas de las otras, nacidas del mismo vientre de la **dulce matrícula**.

Por la actitud simpática que cultiva, por la acción renovadora, de servicio social, de beneficio recíproco, de satisfacción humanista, de libertad de cultos, de convivencia armónica para pueblos y naciones..., sostuvimos desde un principio que la educación es la palanca y el punto de apoyo para **move** al mundo humano. He ahí, evidente, el papel que desempeña la educación: promover el desarrollo de la comprensión internacional; juicios que valen como definición y fin de ella.